

T. GARCÍA-HUIDOBRO, *El regreso al Jardín del Edén como símbolo de salvación. Análisis de textos judíos, cristianos y gnósticos*. Verbo Divino (Estella 2017). Colección «Estudios Bíblicos». 192 páginas. ISBN: 978-84-9073-306-6. 24 x 16 cm.

La obra objeto de la presente recensión aborda el estudio de un motivo de Historia de la Teología de apreciable interés, cual es una antigua concepción de la salvación humana entendida como recuperación de la condición prístina del hombre antes del primer pecado. O dicho en los términos simbólicos con que se titula el libro: la salvación concebida como un «regreso al Jardín del Edén». Este motivo teológico estaría presente en textos antiguos de muy diversa índole y procedencia (que el autor presenta y reproduce con profusión), los cuales, no obstante, están lejos de constituir tratados sistemáticos que ofrezcan un desarrollo discursivo de la cuestión. Como el propio Tomás García-Huidobro advierte en varias ocasiones a lo largo del libro, más que persuadir con un discurso lógico y conceptual, dichos textos «quieren despertar en el creyente sensaciones e intuiciones» (p. 58; cf. pp. 24-25, 183) que le muevan a imaginar y añorar aquella primitiva condición del ser humano.

En concreto, el autor ha estudiado numerosos textos tanto judíos como cristianos y gnósticos, principalmente datados entre los siglos II a. C. y el tránsito de la Edad Antigua a la Alta Edad Media. De hecho, uno de los principales méritos de este trabajo es precisamente el de dar a conocer un número bastante amplio de textos antiguos poco divulgados, especialmente pertenecientes a la apocalíptica y a la literatura rabínica y mística judía. En este sentido, la lectura de esta obra resulta provechosa aunque solo fuese por la presentación que ofrece de numerosos pasajes de temática convergente provenientes de libros apócrifos del Antiguo y Nuevo Testamento, literatura qumránica, *targûmîm*, obras de Filón de Alejandría, la Mišnâh, el Talmûd, los comentarios rabínicos a la Escritura y *midrâšîm* medievales, así como escritos gnósticos y obras de los Padres de la Iglesia (especialmente apostólicos y apologistas) y de autores ortodoxos del Medievo.

Apoyado en obras antiguas tan variopintas, así como, naturalmente, en los libros canónicos del Antiguo y el Nuevo Testamento, Tomás García-Huidobro elabora su monografía por medio de un *iter* argumental claro: En primer lugar, trata de elucidar el modo (no uniforme) en el que muy diversos textos antiguos describen la situación originaria de la primera pareja, sus cualidades y potencias antes de la caída. En segundo lugar, busca en los textos antiguos (no necesariamente en los mismos en los que ha centrado su anterior análisis) que se refieren a la situación de los bienaventurados en la vida futura la presencia de los mismos rasgos adámicos que ha identifi-

cado en la primera fase de la investigación. De este modo puede llegar a la conclusión de que tales textos, muchos de ellos apocalípticos, presentan la salvación futura de los justos como un retorno a la condición primera de Adán. Esto sentado, y como recuerda con cierta frecuencia casi a modo de estribillo a lo largo de todo el libro, resultaría que «la apocalíptica y el Génesis se abrazan» (p. 140; cf. pp. 19, 45, 58, 59, 67, 96, 162, 176) y la salvación sería «regresar al Jardín del Edén» (p. 67; cf. pp. 84, 97, 108, 163, 176).

Así las cosas, en el capítulo primero se afronta brevemente el estudio del sentido original de las palabras «hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra», que Dios pronuncia en Gn 1, 26; para pasar enseguida a los posteriores desarrollos de la interpretación de esta expresión, contenidos tanto en el propio Antiguo Testamento (revelando así una verdadera exégesis intra-bíblica) como en los escritos antiguos supradichos. Algunos de éstos, como también algunos pasajes veterotestamentarios, sugieren la concepción del universo (y más específicamente, del Jardín del Edén) como santuario divino, en el que serviría el primer hombre, que además habría sido elevado a la cúspide del gobierno sobre el resto de los seres vivos. De aquí se deduciría que el carácter de imagen de Dios con que fue creado Adán se traducía en el ejercicio por parte de éste tanto del sumo sacerdocio como de la realeza. Además, y siempre según algunos de los textos estudiados, la imagen y semejanza respecto al Creador habrían hecho de Adán un ser superior a los ángeles por participar de la gloria divina, que aquel primer hombre reflejaría de modo notorio.

A este respecto, y ya en el segundo capítulo, se presentan algunos rasgos portentosos de la humanidad antes del pecado, manifestativos de aquella capacidad del hombre de reflejar la gloria de Dios. Tal sería, en primer lugar, el uso de vestidos magníficos, que habría portado la primera pareja hasta que, después del primer pecado, quedarán despojados de ellos y se vieran desnudos. En segundo lugar, según otros textos, la primera pareja trasluciría la gloria divina mediante la irradiación de una luz esplendente, que procedería del mismo Dios, y que habría quedado extinguida como consecuencia de la caída.

En el tercer capítulo se señalan algunas obras, especialmente gnósticas y cabalísticas, en las que la condición final de los justos coincide con los atributos majestuosos de vestido y luz que la tradición antes expuesta atribuía a Adán antes del pecado. Más problemático resulta atribuir —como viene a sugerir el autor— esta comprensión escatológica a textos canónicos como Dn 12, 3 o Mc 12, 25, en los que se hace referencia a los justos en el cielo como resplandecientes o semejantes a los ángeles. Y es que interpretar un texto en función de una concepción teológica peculiar que en dicho texto no se vislumbra de manera mínimamente clara, para sugerir que dicha concepción teológica subyace en tal texto, lleva razonablemente a juzgar que se ha incurrido en un defecto de petición de principio.

Por otra parte, en este mismo capítulo se introduce el tema de cuáles son los medios indicados en distintos ámbitos religiosos para poder llegar a recobrar esa identidad primera del hombre; o, dicho de otro modo, cuáles son los caminos que se habrían de recorrer para poder «regresar al Jardín del Edén». En el judaísmo post-exílico, tales medios serían la práctica del culto en el Templo (que evocaría el paraíso terrenal) y, sobre todo tras la destrucción de este, el estudio y observancia de la *Tôrāh*. En algunos grupos de la apocalíptica judía, cuyas ideas se reflejan en los libros apócrifos 2 y 3 Henoc, la salvación tiene que ver con la adhesión al patriarca Henoc, convertido tras su elevación a los cielos en el ser celestial Metatrón. Ahora bien, no será hasta la revelación en Cristo cuando, como observa el autor, se presente como el camino de salvación para los hombres la adhesión (más propiamente, la incorporación) a un mediador, Jesús, auténticamente perfecto, en tanto que verdadero hombre y verdadero Dios. Él es el segundo o «último Adán», como da a entender san Pablo en Rm 5 y 1 Cor 15, capítulos en los que (además de en Mt 17) García-Huidobro quiere ver atribuidos a Jesús algunos de los rasgos adámicos identificados hasta aquí en el libro. No obstante, el autor no puede sino matizar que en el Nuevo Testamento queda patente que Jesús es algo más que un nuevo Adán, y que la salvación que brinda excede con mucho la gloria que pudo haber correspondido al primer hombre antes del pecado.

En el capítulo cuarto se aborda otra característica extraordinaria del primer hombre, siempre según algunos de los textos antiguos en que centra el autor su investigación. Se trata de las dimensiones físicas enormes que habría tenido Adán antes de su caída, que serían un reflejo de la gloria de Dios, caracterizado por su inmensidad. Ya en el capítulo quinto, en el que se trata de hallar esta cualidad en modelos soteriológicos primitivos, se llama la atención acerca de la elevadísima estatura que el apócrifo Evangelio de Pedro (siglo II) atribuye a Cristo tras su resurrección. Además, García-Huidobro escudriña los textos canónicos a la búsqueda del rasgo de la enormidad corporal como atributo de los bienaventurados, a modo de signo del retorno al Edén. Y cree encontrar tal cosa en el concepto paulino de la Iglesia como «Cuerpo de Cristo». En efecto, según su peculiar interpretación, el creyente reflejaría la gloria divina al modo adámico (por la enormidad de sus dimensiones), dado que el cuerpo de Cristo resucitado (al que se incorpora el bautizado), por estar constituido por un gran número de comunidades cristianas extendidas por doquier, resultaría ser también de un volumen físicamente enorme.

En otro orden de cosas, en el capítulo sexto se explora la interesante cuestión de la inmortalidad como rasgo de la condición humana anterior al pecado de los primeros padres, valorando para ello el testimonio de numerosos textos antiguos. Respecto a los libros canónicos (concretamente, el libro de la Sabiduría y el epistolario paulino), el autor se inclina por

admitir, no sin dificultades y vacilaciones, que atribuyen al primer hombre antes del pecado la condición inmortal no por naturaleza, sino por don («preternatural», diríamos con la teología clásica) de Dios. En coherencia con lo antedicho, la salvación entendida como reencuentro con la primitiva situación del hombre conlleva alcanzar la inmortalidad. Es este el objeto de estudio del capítulo séptimo, en el que resulta de especial interés el tratamiento de la imagen del «árbol de la vida» (Gn 2, 9; 3, 22.24) como parte de la representación de la gloria venidera tanto en libros apócrifos como canónicos (cf. Ap 22, 2.14).

Un último rasgo de la condición adámica previa al pecado es el atinente a su relación con el resto del universo material, cuestión que se estudia en el capítulo octavo. En él se ilustra, en base al Génesis y a textos antiguos que lo comentan, la relación armónica del hombre con la naturaleza, en aspectos como el alimento y el trato con los animales. Esta armonía, quebrada por mor del pecado original, habrá de restaurarse en el futuro según la tantas veces mentada concepción de la salvación como regreso al Jardín del Edén. A esta cuestión se dedica el noveno y último capítulo del libro, que muestra cómo Jesús, segundo Adán, que es respetado por los animales (cf. Mc 1, 13) y que promete al creyente recibir de la providencia divina el sustento necesario (cf. Mt 6, 25-30) —deshaciendo así la maldición pronunciada en Gn 3, 17-19—, realiza por su muerte y resurrección la obra de la redención, que redundará en beneficio de la entera creación (cf. Col 1, 20). Empero, la nueva armonía con la naturaleza no será plena sino hasta el advenimiento de los nuevos cielos y tierra que anuncia el libro del Apocalipsis (cap. 21-22).

El libro concluye con un epílogo en el que se ponen de manifiesto las reacciones que suscitó en ámbitos judíos y, especialmente, cristianos, el modelo soteriológico identificado por el autor en los textos antiguos estudiados, y explanado en los sucesivos capítulos de la monografía. En general, los Padres y escritores eclesiásticos de la Gran Iglesia desecharon, por una parte, una concepción exagerada de la condición del primer hombre antes del pecado, que atribuía a Adán una magnificencia solo propia del mismo Dios. Y, en segundo lugar, rechazaron una comprensión minimalista de la persona de Jesús y de su acción salvífica, que soslayaba la divinidad de Cristo y la excelsitud de la salvación que brinda a los hombres, que con mucho excede de una simple recuperación de la condición adámica original.

En suma, nos encontramos ante una obra que aborda una temática sugestiva con un enfoque original, en la cual el lector encontrará un número amplio de citas entresacadas de escritos antiguos verdaderamente poco conocidos. Las frecuentes recapitulaciones que ofrece el libro, así como la recurrencia de las mismas tesis enunciadas capítulo tras capítulo, facilitan la comprensión de las ideas que se desean transmitir. Bien es cierto que, en ocasiones, el autor trata de inferir sus hipótesis partiendo

RECENSIONES

a veces demasiado indiscriminadamente de obras de muy diversa índole, sin quizás discernir lo suficiente hasta qué punto puede existir relación entre ellas y entre las corrientes teológicas a ellas subyacentes. No obstante, no hay duda de que el libro reporta una experiencia recomendable de familiarización con toda una serie de tradiciones y concepciones teológicas habitualmente poco consideradas, y no carentes de utilidad en la tarea siempre compleja de la exégesis bíblica.

JAVIER OCAÑA GÁMIZ
Profesor del Centro de Estudios Eclesiásticos
e Instituto Superior de Ciencias Religiosas
Almería